SOBRE LA ABYECION

"No hay animal que no tenga un reflejo de infinito; no hay propia aberración y ni que no toque el retampego de lo alto, a veces tierno y a veces fieraz"

Víctor Hugo, *La leyenda de los siglos.*

Ni sujeto ni objeto

Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí está, muy cerca, pero insensible. Eso solicita, inquieta, fascina el deseo que sin embargo no se deja seducir. Asustado, se separa. Repugnado, rechaza, un absoluto lo protege del oprobrio, está orgulloso de ello y lo mantiene. Y no obstante, al mismo tiempo, este arrebato, este espasmo, este salto es atraído hacia otra parte tan tentadora como condenada. Incansablemente, como un bumerang inmolable, un polo de atracción y de repulsión coloca a aquel que está habi- do por él literalmente fuera de sí.

Cuando me encuentro invadida por la abyección, esta torsión hecha de afectos y de pensamien-
reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el lirón de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco, me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras. Esbozos de mi cultura.

La sucedida**

Asco de una comida, de una sucedida, de un despacho, de una lengua, de espasmos y vómitos que me protegen. Repulsión, armada que me separa y me desvía de la impureza, de la coala, de lo inmundo, ignominia de lo acomodaticio, de la complicidad, de la tracción. Sobresalto fascinado que hacía allí me conduje y de allí me separa. Quizás el asco por la comida es la forma más elemental y más arcaica de la abyección. Cuando la nata, esa piel de superficie lechosa, impenetrable, delgada como una hoja de papel de cigarrillo, tan despreciable como el resto cortado de las uñas, se presenta ante los ojos, o toca los labios, entonces un espasmo de la glotis y aún de más abajo, del estómago, del vientre, de todas las vísceras, críspas el cuerpo, acuña en las calzas y el cuello, hace latir el corazón y cubre de sudor la frente y las manos. Con el vértigo que nube la mirada, la náusea me retuerce contra esa nata y me separa de la madre, del padre en una venganza de un odio que se ha vuelto ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un "algo" que no

existió en su deseo, yo me expulso, yo me escupo, yo me abyecto en el mismo movimiento por el que yo pretendo presentarme. Este detalle, tal vez insignificante, pero que ellos buscan, cargar, aprecian, me imponen esta nada me da vuelta como a un guante, me deja las tiras al aire: así ven, ellos, que yo estoy volviendo, que llego al precio de mi propia muerte. En este trayecto donde yo "devengo" doy luz a un yo (moral) en la violencia del solozzo, del vómito. Protesta muda de la simpatía, violencia extrepotizada de una convulsión, inscripta por cierto en un sistema simbólico, pero en el cual no podré integrarme para responder, eso reacciona, eso abreacta, eso abyecta.

El cadáver (cadere, caer), aquello que irremediablemente ha caído, colecta y muere, transforma más violentamente aún la identidad de aquel que se le confunde como un azar, útil y engañoso, entre la hierba de sangre y pus, o el olor dulzón y ace de un sudor, de una putrefacción, no significa la muerte. Ante la muerte significada —por ejemplo un encefalograma plano— yo podría comprender, reaccionar o acogerme. Así como un Vómito, no sin disimulo ni máscara, tanto el desecho como el cadáver, me indican aquello que yo descarto permanentemente para vivir. Esos humores, esta impureza, esta muerte, son aquello que la vida apenas soporta, y con esfuerzo. Me encuentro en los límites de mi condición de un prójimo. De esos límites se desprende mi cuerpo como viviente. Esos desechos caen para que yo vivas, hasta que de pérdida en perdida, ya nada me quede, y mi cuerpo caiga en eterno más allá del límite, cadere-cadaver. Si la basura significa el límite del objeto, allí donde se acaba y se empieza, me permite ser, el cadáver, el más repugnante de los desechos, es un límite que lo ha invadido todo. Ya no soy yo (moral) quien expulsa, "yo" es expulsado. El límite se ha vuelto un objeto. ¿Cómo puedo ser sin límite? Ese otro lugar que imaginar más allá del presente, que alucinar para poder, en un presente, hablarles, pensarlos, aquí y ahora está arropado, abrazado, en "mi" mundo. Por lo tanto, despoblado del mundo, me destraneciço. En esta cosa consistente, cruda, insolente bajo el sol brillante de la moruga llena de adolescentes surprendidos, en esta cosa que ya no marca y que por lo tanto ya nada significa, contemplo el derrumbamiento de un mundo que ha borrado sus límites: desvanecimiento. El cadáver —visto sin Dios y fuera de la clerecía— es el colmo de la abyección. Es la muerte infestando la vida. Abyecto. Aquel que rechazado del que se separa, del que uno no se protege de la misma manera que de un objeto. Extrañeza imaginaria y amenaza real, nos llama y termina por sumergiros. No es por lo tanto la ausencia de limpieza o de salud lo que vuelve abyectho, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respecta los límites, los lugares, las reglas. La complicidad, lo ambiguo, lo mixto. El traído, el mentirioso, el criminal con la conciencia limpia, el violador desvergonzado, el asesino que pretende salvar... Todo crimen, porque señala la fragilidad de la ley, es abyecto, pero el crimen premeditado, la muerte solapada, la venganza hipócrita lo son aún más por que aumentan esta exhibición de la fragilidad legal. Aquel que rechaza la moral no es abyecto —puede haber grandezas en la moralidad del de abyecto—, sino que hace ostentación de su falta de respeto de la ley, rebelde, liberador y suicida. La abyección es immoral, tenebrosa, amiga de rodeos, turbia: un terror que disimula, un odio que sorñe, una pasión por un cuerpo cuando lo comercia en lugar de abrazarlo, un deudor que esta, un amigo que nos clava un puñal por la espalda...

En las oscuras salas que quedan ahora del museo de Auschwitz, veo un montón de zapatos de niños, o algo así, tal vez se ha visto en otra parte, quizá bajo un árbol de Navidad; muñecas, tal vez. La abyección del crimen nazí alcanza su apogeo cuando la muerte que, de todas maneras me mata, se mez-
La abyección de sí

Si es cierto que lo abyect solicita y pulveriza simultáneamente al sujeto, se comprenderá que su máxima manifestación se produce cuando el sujeto es alcanzado por una vanidad abyecta de sus vanas tentativas de reconocerse fuera de sí, el sujeto encuentra lo imposible en sí mismo: cuando encuentra que lo imposible es su ser mismo, al descubrir que él no es otro que siendo abyecto. La abyección de sí sería la forma culminante de esta experiencia del sujeto a quien ha sido devalado que todos sus objetos sólo se basan en la pér dida inaugural fundante de su propio ser. Nada mejor que la abyección de sí para demostrar que toda abyección es de hecho reconocimiento de la falta fundante de todo ser, sentido, lenguaje, deseo. En general se pasa por alto demasiado rápidamente esta palabra, falta, de la que el psicoanálisis re-tiene en la actualidad más que el producto más o menos fetich, el "objeto de la falta". Pero si uno se imagina (y justamente se trata de imaginar, ya que lo que aquí se funda es el trabajo de la imaginación) la experiencia de la falta misma como lógica-mente anterior al ser y al objeto —al ser del objeto— entonces se comprende que su único significado sea la abyección, y con más razón su abyección de sí, si bien sus significados... la literatura. La crisis de un suscita, le ha, de presuscripción de estar en un juego de palabras intraducible en ninguna, y encajado, que vuelve, que retorna, homónimos.

Más allá del inconsciente

Es decir que hay existencias que no se sostienen con un deseo, siendo el deseo, deseo de objetos. Esas existencias se fundan en la exclusión. Se distingue nítidamente de aquellas entendidas como neurosis o psicosis, que articulan la negación y sus modulaciones, la transgresión, la desfiguración y la for-cusión. Su dinámica cuestiona la teoría del inconsciente, pues ésta misma es tributaria de una dialéctica de la negatividad. Se sabe que la teoría del inconsciente supone una represión de contenidos (afectos y representa-

ciónes) que por ello no acceden a la conciencia, sino que operan modificaciones en el sujeto, sea del discursivo (lapus, etc.), sea del cuerpo (síntomas), sea de ambos (alucinaciones, etc.). Correlativamente a la noción de represión, Freud propuso la de des-figuración para pensar la neurosis, y la de reducción (forclusión) para situar la psicosis. La asimetría de ambas represiones se acentúa dado que la forclusión recae sobre el objeto mientras que la forclusión afecta el deseo mismo (aquello que Lacan, sigeuendo impecablemente la línea de Freud, interpreta como "forclusión del Nombre del Padre").

* Juego de palabras intraducible entre sacar (melado) y sacar (ba- grado); homónimos.
El tiempo: olvido y trueno

Pues obtiene su gote de este extravió en terreno excluido. Este abyecto del que en resumidas cuentas no cesa de separarse, es para él una tierra de olvido constantemente rememorada. En un tiempo ya borroso, lo abyecto debió haber sido un polo imantado de codicia. Pero ahora las cenizas del olvido hacen de panel de juzgados y reflejan la avería: la repugnancia. Lo propio (limpio) (en el sentido de lo incorporado y lo incorporable) se vuelve sucio; lo solicitado hace un viraje hacia lo desterrado, la fascinación hacia el aborribo. Entonces el tiempo obrado surge bruscamente, y condena en un relámpago fulgurante una operación que, al fuerza pensada, sería la reunión de los dos términos opuestos pero que, en virtud de dicha fulguración, se descarga como una tensión interior que asocia doble: tiempo del olvido y del trueno, de lo infinito velado y del momento en que se estalla la revelación.

Goce y afecto

Goce, en suma. Ya que el extraviado se considera como el equivalente de un Terreno que, como si fuera un juicio de este, se apoya en la autoridad de su poder para condenar, se funda sobre su ley para olvidar o desgarrar el velo del olvido, pero también para erigir a su objeto como cálido. Como cálido, entregado por el Otro. Estructura ternaria, si se quiere, considerado por el Otro como piedra angular, pero “estructura” exorbitada, topología de catastrofe. Ya que, al construirse un allí ego, el Otro deja de manejar los tres polos del tránsito donde se sustenta la homogeneidad subjetiva, y deja caer al objeto en un real abominable, inaccessible salvo a través del goce. En este sentido, se lo goza. Violentamente y con dolor. Una pasión. Y, como en el goce, donde el objeto llamado “a” del deseo estalla con el espejo

rtorio del que puedo decir que es mío porque el Otro, habiéndome habitado como altar ego, me lo indica por medio de la repugnancia. Es una manera de decir una vez más que el flujo heterogéneo, que recorta lo abyecto y remite a la abyección, vive ya en un animal humano fuertemente alterado. Sólo por experimentar abyecto cuando me olvido me instalo en el lugar de lo que será “yo” (mol). No un otro con el que me identifque y al que incorporo, sino un Otro que precede y me posee, y que me hace ser en virtud de dicha posesión. Posición anterior a mi advenimiento: estar allí de lo simbólico que un padre podrá o no encarnar. Inherencia de la significancia al cuerpo humano.

En el límite de la represión primaria

Si en virtud de este Otro se delimita un espacio que separa lo abyect de aquello que será un sujeto y sus objetos, es porque se opera una represión a la que podría llamarse “primaria” antes del surgimiento del yo (mol) de sus objetos y de sus representaciones. Estos, a su vez, tributarios de otra represión, “secundaria”, recién llegan a posteriori sobre un fundamento ya marcado, enigmático, y cuyo recuerdo fóbico, obsesivo, psíquico, o, de una manera más general e imaginaria, bajo la forma de abyección, nos señala los límites del universo humano.

En este límite, y en última instancia, se podría decir que no hay inconsciente, el cual se construye cuando representaciones y afectos (ligados o no a aquíllas) construyen una lógica. Aquí, por el contrario, la conciencia no se hizo cargo de sus derechos para transformar en significantes las demarcaciones fluidas de los territorios aún inestables donde un “yo” en formación no cesa de extravasiarse. Ya no estamos en la obra del inconsciente ni en el límite de la represión primaria que sin embargo encontró una marca intrínsecamente corporal y ya
La "xora", receptáculo del narcisismo

Introduzcamo-nos por un instante en la aportía freudiana llamada de la repulsión. El principio curioso, origen donde aquello que fue reprimido no per

maneció en su lugar y donde aquello que reprime siempre toma su fuerza y su autoridad prestadas a aquello que aparentemente es muy secundario: el lenguaje. Por lo tanto no hablamos de origen sino de inestabilidad de la función simbólica en lo que tiene de más significativo: a saber, la interdicción del cuerpo maternal (defensa contra el auto-erotismo y tabú sobre el incesto). Aquí, el fuego la que reta para constituir un extraño espacio que llamaremos, con Platón (Timao, 48-53), una xoro, un receptáculo.

En beneficio del yo (moll) o contra el yo (mol), las pulsiones de vida y de muerte tienen por función correlacionar este "todavía iny (mol) con un "objeto", para constituirnos a ambos... Dicotómico (adentro-afuera, yol (mol) - no yo (mol) y repetitivo, este movimiento tiene, a pesar de todo as de centripeto; apunta a situar al yo (moll como centro de un sistema solar de objetos, Haberlado con propiedad, lo que es exorbitante es el hecho de que a fuerza de regresar, el movimiento pulsional termine por hacerse centrifugo, aferrándose por consiguiente al Otro y produciéndose allí como signo para de esta manera hacer sentido.

Pero a partir de ese momento, cuando reconozco mi imagen como signo y me altero para significarme, se instala otra economía. El signo reprime la xoro y su eterno retorno. De ahora en adelante, sólo el deseo será algo de este "hago original". Pero el deseo ex-patria al yo (mol) hacia otro sujeto y ya no admitirá las exigencias del yo (mol) como narcisistas. Entonces el narcisismo aparece como una regresión operada antes del otro, como un retorno hacia un refugio autocontemplativo, conservador, autosuficiente. De hecho, este narcisismo no es más la imagen sin arrugas del dios griego en una fuente apacible. Por ello los conflictos de las pulsiones empañan el fondo, enturban sus aguas y se levan todo aquel que, para un sistema dado de siglos, al no integrarse, es del orden de la abyección.

Antes del comienzo: la separación

Entonces lo abyecto puede aparecer como la sublimación más frágil (desde una perspectiva sincrónica), más arcano (desde una perspectiva diacrónica) de un "todavía iny (mol) con un "objeto" de reflexión permanente.

Pero, ¿qué es la representación primaria? Digamos: la capacidad del ser hablante, siempre ya habilitado por el Otro, de dividir, rechazar, repetir. Sin que estén constituidos una división, una separación, un sujeto/objeto (o todavía, o ya no). ¿Por qué? Quizás a causa de la angustia materna, incapaz de satisfacerse en lo simbólico del medio.

Por un lado, lo abyecto nos confronta con esos estados frágiles en donde el hombre erra en los terrenos de lo inmenso. De esta manera, con la abyección, las sociedades primitivas marcaron una zona precisa de su cultura para despedir la del mundo amenazador del animal o de la animalidad, imaginados como representantes del asesinato o del sexo.

Lo abyecto nos confronta, por un lado, y esta vez en nuestra propia arqueología personal, con nes
Entonces la abyección es una especie de crisis narcisista atestigua lo efímero de ese estado al que se llama, sabe Dios por qué con celos reproba- rios, "narcisismo"; es más, la abyección conduce al narcisismo (a la cosa o al concepto) su estatuto de "semblante".

Sin embargo, basta con que una interdicción, un superyo por ejemplo, se erija como barrera frente al deseo tendido hacia el otro —o que este otro, como lo extiende su papel, no satisfaga— para que el deseo y sus significantes desanden el camino y vuelvan sobre lo "mismo", enturbiando de esta ma- nera las aguas de Narciso. La represión secun da- ria, con sus envasis de medios simbólicos, sólo trasladar a su propia cuenta, así descubierta, los recursos de la represión primaria, precisamente en el momento de la perturbación narcisista (estado que, en resumidas cuentas, es permanente en el ser hablante por poco que se escuche hablar). La econo- mía arcaica es extraída a la luz del día, significa- da, verbalizada. Por lo tanto sus estrategias (rechazantes, separantes, repitiéndose-ayeciantes) en- cuentran en las cámaras simbólicas, a la que general- plegarse las lógicas mismas de lo simbólico, los ra- zonamientos, las demostraciones, las pruebas, etc. Es entonces cuando el objeto cesa de estar circun- crito, razonado, separado aparece como..., absurdo. Dos causas aparentemente contradictorias pro- vocan esta crisis narcisista que, con su verdad, aporta la visión de lo abyecto. Una excesiva sever i dad del Otro, confundida con el Uno y la Ley. La in- francia del Otro que se trasparenta en el derrumba- miento de los objetos de deseo. En ambos casos, lo abyecto aparece para sostener "yo" en el Otro. Lo abyecto es la violencia del duelo de un "objeto" des- de siempre perdido. Lo abyecto quebrar la muro de la represión y sus juicios. Recurre al yo (mol) en los límites abominables de los que, para ser, el yo (mol) se ha desprendido —recurre a él en el no-yo (mol) en la pulsión, en la muerte. La abyección es

por otro lado, como el sentimiento de la abyección es juez y cómplice al mismo tiempo, igualmente lo es en la literatura que se le confronta. En conse- cuencia, se podría decir que con esta literatura se realiza una especie de literatura que nos toma consciencia y nos obliga a que discontinuemos de lo Puro y lo Impuro, de lo Interdicto y del Peca- do, de la Moral y de lo Inmoral.

Para el sujeto sólidamente instalado en su supe- royo, una escritura como ésta participa el muro de- mencial del intervalo que caracteriza a la perversión, el cual en consecuencia provoca abyección. Sin em- bargo, los textos apelan a una flexibilización del superyo. Escribirlos supone la capacidad de desmi- nar lo abyecto, es decir de verse en su lugar descar- tándolo solamente con los desplazamientos de los juegos de lenguaje. Recién después de su muerte, eventualmente, el escritor de la abyección escapa- rá a su cuota de desechos, de desperdicio o de ab- yecto. Entonces, o caerá en el olvido, o accederá al estatuto de ideal inconmemorable. La muerte sería por lo tanto el principal custodio de nuestro museo imaginario; en última instancia nos protegería de esta abyección que la literatura contemporánea se exige desperdiciar al nombrarlo. Una protección que ajusta sus cuentas con la abyección, pero, bien quizás con la incomoda apuesta, incandescent- te, del mismo hecho literario que, promovido al es- tatuto de lo sagrado, se encuentra separado de su espontaneidad. Así, la muerte limpia nuestro univer- so contemporáneo. Purificándonos de la literatura, constituye nuestra religión laica.

De tal abyección, tal sagrado

La abyección acompañó todas las construccio- nes religiosas, y reaparece, para ser elaborada de una nueva manera, en ocasión de su derrumba- miento. Distinguiremos varias estructuraciones de

una resurrección que pasa por la muerte del yo (mol). Es una ahuima que transforma la pulsión de muerte en arranque de vida, de nueva signi- ficancia.

Perverso o artístico

Lo abyecto está emparentado con la perversión. El sentimiento de abyección que experimento se ancla en el superyo. Lo abyecto es perverso ya que no abandona ni asume una interdicción, una regla o una ley, sino que la desvía, la descambia, la co- rompe. Y se sirve de todo ello para denegarlos. Ma- ta en nombre de la vida: es el déspota progresista, vive al servicio de la muerte: es el traficante genétu- coc realimenta el sufrimiento del otro para su pro- pio bien: es el clínico (y el psicoanalista); stenta su poder narcisista fingiendo exponer sus abismos; el artista es quien ejerce su arte como un "negocio". Su rostro más conocido, más evidente, es la corrup- ción. Es la figura socializada de lo abyecto.

Para que esta complicidad perversa de la abyecc- ción sea encuadrada y separada, hace falta una adhesión inquebrantable a lo Interdicto, a la Ley. Religión, moral, derecho. Evidentemente siempre más o menos arbitrario; invariablemente mucho más opresivo que menos; difícilmente dominas- bles cada vez más.

La literatura contemporánea no los reemplaza. Más bien se diría que escribe sobre lo insosteni- ble desde las posiciones superyocicas o perversas. Comprueba la imposibilidad de la Religión, de la Moral del Derecho —su abuso de autoridad, su sem- blante necesario y absurdo—. Como la perversión, la literatura los usa, los forma y se burla. Sin em- bargo, toma distancia en relación con lo abyecto. El escritor, fascinado por lo abyecto, se imagina su lógica, se proyecta en ella, la introyecta y por ende perversa la lengua —el estilo y el contenido—. Pero

la abyección que determinan diversos tipos de lo sagrado.

La abyección aparece como rito de la impureza y de la contaminación en el paganismo de las socie- dades donde predomina o sobreven lo matrilineal, donde toma el aspecto de la exclusión de una sus- tancia (nurtitiva o ligada a la sexualidad), cuya ope- ración coincide con lo sagrado ya que lo instaura.

La abyección perversa, como caso curioso o tabú (alim- entario u otro) en las religiones monoteístas, par- ticularmente en el judaísmo, pero deslizándose hacia formas más "secundaria" como transgresión (de la Ley) en la misma economía monoteísta. Final- mente, con el pecado cristiano encuentra una ela- boración dialectica, integrándose como alteridad amenazadora pero siempre nombrable, siempre to- talizable, en el Verbo cristiano.

Las diversas modalidades de purificación de lo abyecto —las diversas catarsis constituyen la his- toria de las religiones, terminando en esa catarsis por excelencia que es el arte, más acá o más allá de la religión. Desde esta perspectiva, la experiencia artística, arraigada en lo abyecto que dice y al decir- lo purifica, aparece como el componente esencial de la religiosidad. Quizás por ello está destinada a sobrevivir al derrumbe de las formas histó- ricas de las religiones.

Fuera de lo sagrado, lo abyecto se escribe

En la modernidad occidental, y en razón de la cri- sis del cristianismo, la abyección encuentra reso- nancias más arcaicas, más profundamente arraigadas al pecado, para alcanzar su estatuto bíblico e incluso el de la impureza de las sociedades primitivas. Un mundo en el que el Otro se ha derrumbado, el es- fuerzo estético —descenso a los fundamentos del edificio simbólico— consiste en volver a trazar las
Dostoievski

Para Dostoievski, lo abyecto es el "objeto" de Los esemoneumados: es la metá y el móvil de una experiencia cuyo sentido se pierde en la degradación absoluta por haber rechazado absolutamente el límite (moral, social, religioso, familiar, individual) como absoluto, Dios. Entonces la abyección oscila entre el desconocimiento de todo sentido y de toda humanidad, quemados como entre las llamas de un infierno, los de un yo mortal que ha perdido su Yo y sus objetos, alcanza el colmo de la armonía con la tierra prometida en el preciso momento de este suicidio. Son abyectos tanto Verkhovenskí como Hirtov, tanto el asesino como el suicida.

"La vista de un gran fuego, por la noche, siempre produce una impresión melancólica: exclamante. Tal vez ello implique la quema de fuegos artificiales, aunque éstos obedecen a cierto deseo ornamental, y no presentan peligro alguno: pero también despiertan sensaciones ligeras, caprichosas, y parecen a las personas por un escasa de campa y champa. Pero en un incendio es distinto: aquí, el esfuerzo y un sentimiento de peligro personal se unen a la excitación jovial, produciendo en el espectador, salvo en quien trabaja para ex-

3 Ibid., p. 787.

Dostoevsky radiografía la abyección sexual, moral, religiosa, como un derrumbramiento de las leyes paternas. El universo de Los esemoneumados, ¿no es un universo de padres desaprobados, ficticios o muertos, donde reinan, como fetiches férreos pero no menos fantomáticos, matronas embrujadas de poder? Dostoievski se libra de ese desplazado peso materno simbolizando lo abyecto, entregando magistralmente el goce de decirlo.

Pruost

Reconocida como inherente a la suave e imposible alteración del yo (mol), reconocida por consiguiente como soldada al narcisismo, en Pruost la abyección tiene algo de domesticado: sin ser "limpa" o cayendo por su propio peso, es un escándalo donde se trata de reconocer, cuando no la trivialidad, al menos el secreto de un polichinela 

En esos barrios casí populares, que existencia modesta, abyecta, pero dulce, pero alimentada de calma y felicidad hubiera aceptado vivir indefinidamente.

4 Ibid., p. 520.
5 Por el camino de Suesca, la traducción es nuestra.
Proust escribe que si el objeto del deseo es real, sólo puede apoyarse sobre lo abyecto imposible de colmar. Entonces el objeto de amor se vuelve inconfesable, sospecha del sujeto, parecido a éste, pero suelo, pues es imposible de una identidad imposible. Por lo tanto, el deseo amoroso se experimenta como una negación interna de esta identidad imposible, como un accidente del narcisismo, ob- jeto, alteración dolorosa, deliciosa y dramáticamente condenada a encontrar al otro sólo en el mismo sexo. Como si no se accediera a la verdad, abyecta, de la sexualidad, sino por la homogeneidad; Sodoma y Gomorra.

"Ni siquiera tuve que lamentar no haber llegado a mi taller hasta pasados unos minutos. Por lo que al principio en el de Jupien, y que no fue más que sonidos inarticulados, supongo que pocas palabras se dieron. Verdad es que aquellos sonidos eran tan violentos que, de no repetirse sucesivamente y cada vez un octava más alto en quejido paralelo, habría podido yo creer que una persona estaba degollando a otra muy cerca de mí y que, después, el homicida y su víctima resultada tomaban un baño para borrar las huellas del crimen. Posteriormente llegué a la conclusión de que hay una cosa tan estrepitosa como el dolor, y es el placer, sobre todo cuando va acompañado —a falta del miedo a tener niños, y aquí no era el caso, a pesar del ejemplo poco probatorio de la leyenda dorada — de los cuidados inmediatos de limpieza". 6

Compartida con ésta, la orgía sadíaca, encuadrada en una gigantesca filosofía, aunque sea de tocador, no tenía nada de abyecto. Pautada, retórica, y desde esta perspectiva, regular, ensancha el Sentido, el Cuerpo y el Universo pero no tiene nada de exorbitante. 6 Proust, Sodoma y Gomorra, Madrid, Alianza Editorial, 1978, p. 18.

Joyce

Resplandeciente, interminable, eterna — y tan debil, tan insignificante, tan endeble, la retórica del lenguaje Joyceano. Lejos de acercarnos al abyecto. Joyce se hace brillar en ese prototipo de la palabra literaria que es para él el monólogo de Molly. Si este monólogo desplega lo abyecto, no es porque es una mujer quien habla. Sino porque, a distancia, el escritor se acerca al cuerpo histórico para hablar y para hablar a partir de él de aquello que escapa a la palabra y que se revela como el cuerpo a cuerpo de una mujer con otra, su madre por supuesto, lugar absoluto, ya que primordial, de lo imposible: de lo excluido, del fuera de sentido, de lo abyecto. Atopea.

... la mujer disimula para no dar tanto trabajo

como ellos si estoy segura que anduvo haciéndolo por alguna parte se le conoce por su apetito de todos modos amor no es porque estaría sin apetito pensando en ella o habrá sido una de esas damas no aconsejada a tomar cierto que estuvo por allá abajo y la historia del hotel nada más que un montón de mentiras inventadas para ocultarlo mientras las planeaba Hynes me retuvo a quién encontré ahí me encontré con te acuerdas Menton y quién más quemadas que dijamos esa gran cara de novicia en lo viril y recién casado flirteando con una jovencita en Póveles Morirama y le volvi la espalda cuando se escabulló parecía muy avergonzado que hay de malo pero él tuvo la desfachatez de galantearme un vez le merece con su boca seductora y sus ojos heridos de todos los grandes estúpidos que a mí jamás y a eso se le llama hombre de leyes si no fueran que detesto tener una larga disputa en la cama que si no no es eso es alguna nemeclita cualquier con la que se metió en algún lado o intentó de contarlo son lo conocerían tan bien como yo porque antes de ayer no más estaba hablando ahí en una carta cuando entró en la sala de la calle buscando los fósforos para mostrarle la muerte de Dignam ... .7

Aquí lo abyecto no está en la temática de la sexualidad masculina tal como la vería Molly. Tampoco está en el horror fascinado que las otras mujeres, filiándose detrás de los hombres, inspiran a la habladora. Lo abyecto está, más allá de los temas, y para Joyce en general, en la manera de hablar: lo que revela lo abyecto es la coherencia común con el verbo. Pero al mismo tiempo, sólo el verbo purifica lo abyecto. Es lo que Joyce parece querer decir cuando desenvuelve a la retórica magistral que es su work in progress todos los derechos contra la abyección. Una

convertirse forzosamente, más allá de lo fantástico, de lo policial o de la serie negra, en un relato de la infancia \( \text{Historia de la infancia, Historia de la eternidad.} \) Y el escritor no puede dejar de reconocerse, trirratorio y desposeído en ese individuo abyecto que es Lazurus Morell, el redentor espantoso, que resucita a sus escombros con solo fin de hacerlos muerte, no sin antes haberlos hecho circular – y reditruncar – como moneda. \( \text{¿Es necesario decir que los objetos literarios, nuestros objetos de ficción, tales como los esclavos de Lazarus Morell, sólo son resurrecciones completamente efímeras de ese Aleph invisible? \text{¿Es ese Aleph, “imposible, el imaginario invisible que sostiene el trabajo de la escritura, trabajo que sin embargo no es más que una pausa provisoria en la cara de la escritura hacia la muerte contenida en el abismo de la caverna materna?} \}

“Los caballos robados en un Estado y vendidos en otro fueron apenas una digresión en la carrera del concierto de Morell, pero prefiguraron el método que ahora le aseguraba su buen lugar en una Historia Universal de la Infancia. Este método es único, no solamente por las circunstancias \text{subjeneris} que lo determinaron, sino por la abyección que requiere, por su fatal manejo de la esperanza y por el desarrollo gradual, semejante a la atroces evolución de una pesadilla. Al Capone y Bugs Mora- ran operan con ilustras capítulos y con ametralladoras serviles en una gran ciudad, pero su negocio es vulgar. Se disputan un monopolio, eso es todo... En cuanto a cifras de hombres, Morell llegó a comandar unos mil, todos juramentados. Doscientos integraban el Consejo Alto, y éste promulgaba las órdenes que los restantes ochocientos cumplían. El riesgo recitaba en los subalternos. En caso de rebelión, eran entregados a la justicia o arrojados al río corriente con aguas pesadas, con una segura piedra a los pies. Eran con frecuencia muertos. Sus fascinantes misión era la siguiente:

Si se imagina esta máquina imaginaria transformada en institución social, se verá la infancia del... fascismo.

Artaud

Un "yo" invadido por el cadáver: esto es con frecuencia lo abyecto en el texto de Artaud. Pues es la muerte que la figura, violentemente, este estado extraño en el que se divide el objeto, extraviado, habiendo perdido sus no-objetos, imaginarios, a través de la prueba de la abyección, la nada. Horror del muerto que "yo" soy, asfixia que no separa el adentro del afuera sino que los aspira uno dentro de la muerte. Inmediatamente: Artaud es el testigo insobalayable de esta tortura - de esta verdad.

"Una niña muerta dice: Soy aquella que revienta de risa y de horror en los pulmones de la vida. Que me saquen rápido de allí."

"Pero muerto, mi cadáver fue arrojado a la basura, y recuerdo haberme macerado no cuántos días o cuántos días esperando despertarme. "Pues al principio de Todo no supe que estaba muerto": tuve que decidirme a comprenderme para poder levantarme. Entonces algunos amigos, que el principio me hablaban abandonado completamente, se decidieron a embalsamar mi cadáver y se asombraron sin alarma al volver a verme vivo."10

"No tengo por qué acostar contigo estas cosas, pues soy más puro que tú, dios, y acostarme no es ensuciar mi lucimiento, al contrario, de ti."11


10 Ibid., p. 72 (la traducción es nuestra).

11 Ibid., p. 203 (la traducción es nuestra).
Cataris y análisis

Esta objeción, que la modernidad ha aprendido a reprimir, a esquvar o a maquillar, se manifiesta como fundamental a partir de la posición analítica. Lacan dice cuando asocia esta palabra a la sinceridad del analista, acoplamiento que, del humor, sólo deja lo negro. \(^{13}\)

Habrá que mantener abierta la herida sobre la que se sitúa aquél o aquella que se compromete en la aventura analítica, y que la instalación psicológica, con el cinismo del tiempo y de las instituciones, pretende cerrar rápidamente. Nada de iniciático, en este pasaje, sí por "iniciación" se entiende el acercamiento a una pureza que garantizaba la postura de maestro (como en el Fedón de Platón) o el tesor para el "puro significante" (como lo es el oro de la verdad para la República, o el separatismo, oro puro del hombre de Estado en el Política). Se trata más bien de una experiencia heterogénea, corporal y verbal, de la incomplejidad fundamental: "hiato", "menos Uno...". Para el sujeto desestabilizado que resulta de ello --como un crucificado que no sabe las estigmas de su cuerpo deseanse a una palabra que sólo estructura a condición de abandonar todo fenómeno, a través de y por el sólo hecho de ser, significa ficamente o humano, aparece en su ser de abjeción. ¿Para qué cataris imposible? En sus propios pasos, Freud empleaba esta misma palabra para designar una terapéutica cuyo rigor se confirmaría más tarde.

Platón y Aristóteles

De esta manera, el analista se ve remitido a la cuestión que ya acosa a Platón cuando quiere reen-


---


---

La tristeza filosófica y el desastre hablado del analista

Esta cataris poética que se comportará, durante más de dos mil años, como la hermana menor de la filosofía en un cara a cara inconciliable con ésta, nos aleja de la pureza, y por consiguiente de la mo-

plazar la religión apolínea o dionisiaca.\(^{14}\) Purificar sólo el logos puede hacerlo. Pero, ¿la manera del Fedón, separándose estéticamente de un mundo cuya sustancia y cuyas pasiones son fuente de impureza? O bien como el Sofista, después de haber apartado lo peor de lo mejor, o a la manera del Fílobo, dejando las puertas totalmente abiertas a la impureza, con tal que el ojo del espíritu puede fijar la verdad? En este caso, el placer, purificado por la armonía de esta verdad parecida a una forma geométrica justa y bella, nada tiene en común, como dice el filósofo, con un "cosquilleo".

La cataris parece ser una preocupación intrínseca a la filosofía, por el hecho de que ésta es una moral y no puede olvidar a Platón. Aunque la mezcla, hacia el final del recorrido platónico, parece inevitable, lo que asegura la pureza es nada más que el pensamiento, sabiduría armoniosa; la cataris se ha transformado, para el idealismo trascendental, en filosofía. Del encantamiento catártico, propio de los misterios, Platón sólo retiene, como se sabe, el muy incierto papel de los poemas cuyo de- lito sería útil al Estado a condición de ser juzgados, separado y purificado por los sabios.

Más próxima al encantamiento sagrado se halla la cataris aristotélica. Es la que dio su nombre a la concepción corriente, estética, de la cataris. Imaginando las pasiones --desde el entusiasmo hasta el dolor--; con un "lenguaje" realizado por los oráculos", los más importantes de los cuales son el metro y el canto (cf. la Poética), el alma accede sim- ultáneamente a la orígen y a la pureza. Se trata de una purificación del alma y del cuerpo a través de un circuito heterogéneo y complejo, que el filósofo, ai de la "bílsil "al hiego", del "calor masculino" al "entusias- mo" de la inteligencia. Por lo tanto, metro y canto--
DE QUE TENER MIEDO

El objeto-ornato de la angustia*

Cuando el psicoanálisis habla de objeto, habla del objeto del deseo tal como se construye en el triángulo edípico. Según esta figura, el padre es el soporte de la ley y la madre el prototipo de objeto. Hacia la madre convergen no sólo las necesidades para la supervivencia sino sobre todo las primeras aspiraciones miméticas. Ella es el otro sujeto, un objeto que garantiza mi ser de sujeto. La madre es mi primer objeto deseante y significable.

No bien esbozada, esta tesis estalla por sus contradicciones y por su fragilidad.

* El original frances dice objet porcup. Traducimos porcup por ornato. En tanto aún adorno, envoltorio, abrigo, etc. Recordemos que el verbo porcup (adorner) puede también significar: defender(se); proteger(se). Por lo tanto el objeto-ornato de la angustia también quiere decir mecanismo de defensa frente a la angustia.
to, de movimiento? ¿No hay acaso también, en el proceso de constitución de la madre como otro, una serie de semi-objetos, que jalonan la transición entre un estado de indiferenciación y un estado de diferenciación (sujeto/objeto)? Winnicott llama precisamente "transicionales"?[2] Por último, ¿no hay toda una gradación en las modalidades de separación: privación real del seno, frustración imaginaria del don como relación materna, finalmente contracción simbólica incripta en el Edipo? Unagradación que constituye, como Lacan ya lo ha formulado brillantemente, la relación de objeto en tanto que es siempre "instrumento para disfrazar, para ennascar el fondo fundamental de angustia"?[11:56, 1957].

El problema del objeto inicial y simultáneamente cuestiona toda la construcción freudiana. El narcisismo. ¿A partir de qué, o cuándo, se deja desbordar por la pulsión sexual que es la pulsión hacia el otro? ¿La represión: qué tipo de represión produce simbolización y por lo tanto un objeto significable? ¿Qué otro tipo de represión pone barreras en el camino hacia la simbolización y hace oscilar la pulsión en el sin-objeto de la simbolización, o en el auto-objeto de la somatización? La relación entre el inconsciente y el lenguaje: ¿cuál es el peso de la adquisición del lenguaje o de la actividad lingüística en la constitución y en los avatares de la relación de objeto?

¿Donde con mayor claridad Freud aborda esta cuestión crucial para la constitución del sujeto que es la relación con el objeto[11:56, 1957] es en el texto sobre la


2 Cfr. Aislamiento de la fóbita de un niño de otros años (el pequeño Harald) (1930), en op. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo 2. Más tarde, respecto a la "individualización" de los medios de "autogestión" y "autodepresión", Freud dice que se las define así: "trenes, con su propia potencialidad, construidas, en el niño, lo único acorde al fin en la parte de esta herencia arcaica que se refiere a la percepción del objeto" (Habítaciones, Signaturas y angustias (1929-1930), op. Buenos Aires, Amorrortu, Tomo 21, p. 187). Así, al atribuirnos la realidad sobre la fóbita en el horizonte problemático de la relación de objeto. Queda en el suscitado de la perspectiva de la "metoformación" de un "objeto" de signos, en un ángulo, durante el entramado del niño, de privación y de frustración sin nombre que, en realidad, es innombrable. El objeto fóbito viene a situarse en el lugar de los objetos no objetilable de la pulsión, y toma sobre sí todos los accidentes de la pulsión o del deseo decepcionado, no deseado, etc. La metaformación de la relación de objeto es la que se enmascara de esta instancia simbolizante. Esta ley simbólica no es forzosamente de tipo superyoco pero puede así mismo insinuarse en el yo (mal) y en el ideal del yo.

Poderes de la perturbación

50

Julia Kristeva

Juan tiene miedo de lo innombrable

Sin embargo, el miedo del que podemos hablar, el miedo que tiene un objeto significable, es un producto más tardío y más lógico, que carga con todas las emociones anteriores del miedo primitivo irrerepresentable. El miedo hablado, consecutivo al lenguaje, y especialmente acentuado en el niño pequeño, se presenta como el miedo a un objeto inverosímil que resulta ser un sustituto de otro. ¿De otro objeto? Es lo que cree Freud cuando escucha la historia de Juanito que tiene miedo a los caballos. Allí describiremos la miedo a la castración, al órgano sexual "faltante" en la madre, a la pérdida del suyo propio, al deseo culpable de reducir al padre a la misma mutación o a la muerte.

Todo esto es sorprendentemente verdadero, pero no del todo. Aquello que asombra en el caso de Juan, por pequeño que sea —y Freud no cesa de sorprenderse— es su prodigiosa habilidad verbal. Asimila y reproduce lenguaje con una avidez y un talento impresionantes. Por querer nombrarlo todo, tropieza... con lo innombrable: los nudos de la calle, esos movimientos interesantes del tráfico con caballos delante de la casa, la intensidad con que su padre, recientemente convertido al psicanálisis, se interesa por su cuerpo, por sus amores por las niñas, por sus relatos y fantasías que al padre sexualizan con todas sus fuerzas; la presencia un poco insensible, un poco frágil, de la madre... Todo esto, que ya tiene mucho sentido para Juan, sin haber encontrado todavía su significación, se reparte sin duda, como lo dice Freud, entre la pulsión de conservación narcisista y la pulsión sexual. Todo esto se cristaliza, necesariamente, en la experiencia epistemológica de Juan que quiere conocerse y conocer todo; conocer particularmente aquello que parece fallarle a la madre o poder llegar a fallarle a él.

Pero, de una manera más general, la fobia a los caballos se torna un jergofóbico que condensa todos
La fibia - metáfora fallida de la falta*

Metáfora de la falta en tanto falta, la fibia lleva la marca de la fragilidad del sistema significante del sujeto. Es muy importante destacar que esta metáfora no se escribe en retórica verbal sino en la heterogeneidad del sistema psicológico hecho de representaciones pulsionales y de representaciones de cosas ligadas a las representaciones verbales. La juventud de Juanito no lo explica todo sobre esta fragilidad del sistema significante que obliga a la metáfora a volverse hacia la pulsión y viceversa. Asimismo, se puede creer que tal como lo contienen los fóbicos adultos, algo de la ley simbólica correspon-diente a la función del padre queda imprevisto en el Edipo formador del sujeto. El padre de Juan, ¿no juega demasiado a la madre que eclipsa? ¿No busca demasia-do la caución del profesor? Si la fibia fallida metáfora que se equivoçó de lugar, abandonando el lenguaje por la pulsión y la visión, es porque hay un padre que no sabe soportar su lugar, ya sea el padre del sujeto o el de su madre.

Freud comprende esto perfectamente. Después de los primeros relatos del padre de Juan, no sugiere a este Hermes remitirse a la memoria de su hijo y tratar de ponerse en el lugar de los caballos, aunque sea con ayuda de sus bigotes y de sus anteojos.

Evidentemente el tratamiento es un éxito, hasta un cierto punto, menos, pues Juan entra en juego e y se lanza a producir... otras metáforas de su miedo a lo innombrable, en una retórica que por momentos se purga de la pulsión o, más estrictamente, la histérica. En efecto, el miedo retrocede en beneficio del ocio por el jarrón de framboesas cu-yo solo color evoca el luto de un corte...

¿Pero la fibia realmente desapareció? No parece ser así. Al menos por dos razones.

* Juego de palabras en torno de morsaque (fallida) y morsaque (fallida).

nismos de condensación que presiden el trabajo fóbico. Para ser abortados, estos mecanismos exigen tanto una reanudación del trabajo de intrayectoria como una atención particular a los desplazamientos y condensaciones de la cadena significante.

Por el contrario, tener en cuenta esta metaforicidad consistiría en considerar al fóbico como a un sujeto falto de metaforicidad. Incapaz de producir metáforas con los meros signos, la sucesión en la materia pulsional misma, y la única retórica de la que es capaz es la del afecto, con frecuencia la apareciendo en imágenes. Entonces, para el análisis, se tratará de devolver una memoria, y por lo tanto un lenguaje, a los estados innombrables y nombrables de miedo, pero insistiendo sobre los primeros, que constituyen lo más inabordable de aquellos que hay en el inconsciente. Asimismo se tratará, en la misma temporalidad y la misma lógica, de manifestar al analizante el vacío en el que se basa el juego con el significante y los procesos primarios. Este vacío y lo arbitrario de este juego son el equivalente más verdadero del miedo. Pero, ¿no es esto el que el proceso analítico hacia la literatura, o incluso hacia la estilística? ¿No es el que demandarle al analista que esté, "escribir en el lugar de interpretar"? ¿Es también proponer una pantalla feticheista, la de la palabra, aquel miedo desolvente? Es conocido el episodio feticheísta propio del desarrollo de la fibia. Quizás es inevitable que, cuando un sujeto enfrenta la facticidad de la relación objetal, cuando se sitúa en el lugar de la falta que la funda, el fetiche pasa a ser una tabla de salvación, esfera y resbaladiza pero indispensable; pero justamente, el lenguaje, "¿no es nuestro último, inseparable fetiche? El lenguaje, que precisamente se basa en la renegación feticheísta ("sólo, pero de todas maneras", "el signo no es la cosa pero, igual..."). "la madre es innombrable pero de todas maneras hablo", etc.) nos define en nuestra esencia

En primer lugar, el tratamiento freudiano, al remitir a los polos del triángulo familiar aquello que se nos presentó como un miedo a lo innombrable —miedo a la falta y a la castración— en realidad prolonga la fibia. El tratamiento le da la razón al fóbico. Freud le da la razón a Juan: no puedes tenerle miedo a la castración, y sobre tu miedo yo fundo la verdad de la teoría que en ella propongo: ¿no es más una racionalización este miedo y, aunque esta racionalización es efectivamente una elaboración a causa de la transferencia, sigue siendo en parte una contra-invertidura de la fibia. Hay un cierto manejo de la cura analítica que corre el riesgo de no ser otra cosa que un tratamiento contro-fóbico, si esta cura se mantiene en el nivel del fantasma y no desciende, después de haberlos atravesado, a los mecanismos más sutiles de esta elaboración metaforica que es el enunciado y el objeto fóbico, porque este es el representante de la pulsión y no de un objeto que ya está allí. En efecto, y Freud es el primero en reconocerlo, el dispositivo analítico no parece estar a la medida de esta condensación fóbica, porque no puede desplegarla:

"En efecto, en la formación de la fibia desde los pensamientos inconscientes sobreviene una condensación: por eso el camino del analista nunca puede repetir la vía de desarrollo de la neurrosis." 4

Evidentemente, esta constatación no hace más que establecer la diferencia entre el proceso analítico y el proceso de condensación neurótica. Pero también se lo podría entender como un abandono, por el trayecto lineal y transfencial del análisis (sólo más cuanto que a veces es conducido hacia el nivel imaginario y aun superyónico), de los meca-

4 El pequeño Huan, ob. cit., p. 70.

Poderes de la perversion

Poderes de la perversion

de seres hablantes. Fundador, el feticheísmo de "la lengua" es quizás el único imanable.

Entonces la escritura, el arte en general, no sería tratamiento, sino el único savoir faire respecto de la fibia. Juanito acabará convirtiéndose en director de ópera.

Finalmente, y ésta es la segunda razón que hace que la fibia desaparezca sino que en el más deslucido de la lengua, el objeto fóbico es una protor-escritura e, inversamente, todo ejercicio de la palabra, en la lengua del escritura, es un lenguaje del miedo. Me refiero a un lenguaje de la falta tal cual es, esclavo, que sitúa al sujeto al objeto. No del intercambio deseante de mensajes o de objetos que se transmiten en un contrato social de comunicación y de deseo más allá de la falta. Sí, lenguaje de la falta, del miedo que lo aborda y lo bordea. Aquel que trata de decir ese "no todavía lu-gar", ese no-lugar, lo hace evidentemente contra la corriente, a partir de un dominio extremo del código lingüístico y retórico. Pero en última instancia se refiere al miedo: referente terrorífico y abyecto. En los sueños cruzamos este discurso, o también cuando nos roza la muerte, haciendo perder la seguridad en la cual nos sostiene comúnmente el uso automático de la palabra, seguridad de ser nosotros mismos, eso inarticulables, inarticulables. Pero el escritor está permanentemente confrontado a este lenguaje. El escritor: un fóbico que logra metaforizar no para no morir de miedo si no para resucitar en los signos.

"¿Tengo miedo de ser mordido?" o "tengo miedo de morir?"

Sin embargo, ¿no oculta acaso el miedo una agre-
sión, una violencia que vuelve a su fuente con el sig-
nov invertido? ¿Qué era al principio: la falta, la priva-
de los incorporados. En este sentido, la verbalización se encuentra desde siempre confrontada a ese "ab-yecto" que es el objeto fóbico. El aprendizaje del lenguaje se hace como un intento de hacer propio un objeto "oral" que se oculta, y cuya alucinación forzadamente se formula por detrás de una sonrisa o una carta. El curioso interés de Sandy por el lenguaje, a medida que crece su fobia, nos enseña lo que la observación corriente del discurso fóbico adulto. También el hábito del fóbico se caracteriza por una extrema agilidad. Pero esta habilidad vertiginosa está como vacía de sentido, precipitándose a toda velocidad en el lodo del absurdo intocable de un lenguaje que sólo se oculta, no por miedo, sino porque parece dar no un sí mismo sino una señal. Es como un lenguaje que se ha convertido en un objeto contrafóbico, lo que no desempeña el papel de elemento de una introspección fática que puede hacer aparecer, en el fóbico del niño, la angustia de la falta origenaria. El análisis de estas estructuras debe escrutarse ineludiblemente en las fallas de lo no-dicho para poder apreciar el sentido de un discurso tan trágico. 

El niño en epistemología fóbico no está allí. Su síntoma, porque lo dice, es ya una elaboración de la fobia. En virtud del trabajo lógico y lingüístico al que se entrega simultáneamente, su síntoma consigue elaboraciones complejas y ambigüas. Entonces la alucinación fóbica se sitúa a medio camino entre la confesión del deseo y la construcción contrafóbica. No se trata aún de un discurso defensivo sobre-elaborado que conoce de sobre sus objetos y los manipula a la perfección. Pero tampoco es reconoci-mentimiento del objeto de la falta como objeto del deseo. El objeto fóbico precisamente sostiene elección, trata de mantener al sujeto lejos de la de-
El pequeño Hans, ob. cit., p. 112.


El "objeto" del deseo fóbico: los signos

Por lo tanto, el objeto de la pulsión sexual, es el objeto del disfrazo de la pulsión sexual. Y, aunque a veces se le pueda ver a través de un disfraz, nunca se puede ver de entre los disfrazos. El disfraz es solo una forma de disfrazar la realidad. El objeto es lo que es, y no lo que nos hace creer que es.

El "objet" en el deseo fóbico

Es el objeto de la pulsión sexual que es el objeto del disfraz de la pulsión sexual. Y, aunque a veces se le pueda ver a través de un disfraz, nunca se puede ver de entre los disfrazos. El disfraz es solo una forma de disfrazar la realidad. El objeto es lo que es, y no lo que nos hace creer que es.

El "objet" en el deseo fóbico

Es el objeto de la pulsión sexual que es el objeto del disfraz de la pulsión sexual. Y, aunque a veces se le pueda ver a través de un disfraz, nunca se puede ver de entre los disfrazos. El disfraz es solo una forma de disfrazar la realidad. El objeto es lo que es, y no lo que nos hace creer que es.

El "objet" en el deseo fóbico

Es el objeto de la pulsión sexual que es el objeto del disfraz de la pulsión sexual. Y, aunque a veces se le pueda ver a través de un disfraz, nunca se puede ver de entre los disfrazos. El disfraz es solo una forma de disfrazar la realidad. El objeto es lo que es, y no lo que nos hace creer que es.
lugar del pecho bueno. El cuidado materno sustituído por el discurso. Una paternidad más ideal que superyófica. Pueden variar las configuraciones donde este dominio del Otro produce una metáfora alucinante, reemplazando al objeto y tomando el lugar del narcisismo. Miedo y fascinación. El cuerpo del yo (mol) y el objeto (sexual) son absorbidos íntegramente.

La abyección –encrucijada de fobia, de obsesión y de perversion– comparte la misma economía. El asco que se deja escuchar en ella no toma el aspecto de la conversación histérica, pues esta es el síntoma de un yo (mol) que, excedido por un objeto malo, se desvia, se purga y lo vomita. En la abyección, la rebeldía ocurre totalmente en el ser. En el ser del lenguaje. A diferencia de la historia que provoca, pone mala cara a lo simbólico pero no lo produce, el sujeto de la abyección es eminentemente un productor de cultura. Su síntoma es el rechazo y la reconstrucción de los lenguajes.

Encarar el apocalipsis: la visión

Hablar de alucinación a propósito de este “objeto” inestable sugiere inmediatamente que hay una investidura escéptica en el espejismo fóbico, y una investidura al menos especulativa en lo abyecto. Esquisto, huidizo, desconcertante, este no-objeto resulta asible sólo como signo. Se mantiene por medio de una representación, por lo tanto de un ser. Alucinación visual que en última instancia reúne a las otras (las auditivas, las táctiles...) y que, irruptiendo en una simbología normalmente calma y neutra, representa el deseo del sujeto. Al objeto asiente, un signo. Al deseo de esta falta, una alucinación visual. Más aún, con frecuencia, una investidura de la mirada, paralela a la dominación simbólica que depende del narcisismo, conduce a ciertos “suplementos” voyeuristas de la fobia. El voyeurismo es una necesidad estructural en la constitución de la relación de objeto; se pone de manifiesto cada vez que el objeto fluctúa hacia lo abyecto y sólo se vuelve verdadera perversion cuando fracasa la simbolización de la inestabilidad sujeto/objeto. El voyeurismo acompaña la escritura de la abyección. La suspensión de esta escritura convierte al voyeurismo en una perversion.

Una fortaleza

Metáfora proyectada o alucinación, el objeto fóbico nos condujo por un lado a las fronteras de la psicosis, y por otro al poder potencialmente estructurante de la simbolicidad. En ambos casos nos hallamos frente a un límite: límite que hace del ser hablante un ser que sólo dice al separar, en la discreción de la cadena mimética y hasta en las construcciones lógicas e ideológicas.

¿Cómo se instaura este límite sin transformarse en prisión? Si el efecto radical de la división fundante es el establecimiento de la división sujeto/objeto, ¿cómo evitar que sus fallas conduzcan al enconramiento secreto de un narcisismo arcaico, o a la dispersión indiferente de objetos experimentados como falsos? La mirada que recién dirigimos al síntoma fóbico nos hizo asistir a la emergencia dolorosa, y espléndida por su complejidad simbólica, del signo (verbal) enfrentado con la pulsión (miedo, agresividad) y con la visión (proyección del Yo —mol— sobre el otro). Pero la actualidad analítica.

Extraño estado aquel en que nos sumergimos en la lectura —fascinante, misterioso, intimamente nocturno y liberador de una risa sin concesiones pero sin embargo cómplice, más allá de los contenidos de las novelas, del estilo de la escritura, de la biografía del autor o de sus posiciones políticas inestables (fascistas y anti-americanas). ¿Cómo? Pues que este universo celíniano nos interpela tan vigorosamente casi veinte años después de su muerte, cerca de medio siglo después de la publicación del Viaje al fin de la noche?

J.K.

De Julia Kristeva, investigadora del Centre National de la Recherche Scientifique, Siglo XIX, ha publicado también Historias de amor.